

Año: XXXVIII, 1997 No. 883

Nota del Editor: Dinesh D'Souza es el investigador asociado John M. Olin con el American Enterprise Institute, un serio centro de investigación basado en Washington, D.C. Es autor de varios libros de amplia venta, incluidos Educación No Liberal (1991) y Ronald Reagan, Cómo un hombre ordinario se convirtió en un líder extraordinario (1997). El texto a continuación fue traducido y adaptado de su libro El Fin del Racismo (1995), en el cuál explora exhaustivamente las relaciones entre los distintos grupos que componen la sociedad estadounidense, principalmente la población afroamericana.

Una nueva visión para una sociedad multirracial

Dinesh D'Souza

El racismo surge como una doctrina moderna respecto a la superioridad de la civilización occidental. La reacción es el posteriormente popular antirracismo promovido por los liberales estadounidenses [\[1\]](#), que utilizan la ideología del relativismo cultural la presunta igualdad de todas las culturas para desprestigiar a la jerarquía racista de antaño. El relativismo cultural es la fuente de una doctrina legal de representación proporcional, así como de una ideología educativa sobre el multiculturalismo. La premisa no cuestionada del liberalismo estadounidense contemporáneo es que el racismo es responsable por el fracaso de la población afroamericana en Estados Unidos, y que, dada la persistencia del racismo en la sociedad, no hay otra alternativa más que la institucionalización de la raza como base para la contratación laboral, el voto, la ley y la educación. Esta idea es moral e intelectualmente defectuosa.

El racismo existe, sin duda, pero ya no tiene el poder de impedir a los negros o a cualquier otro grupo la obtención de sus aspiraciones económicas, políticas y sociales. Es innegable que los afroamericanos sufren ofensas cuando los taxistas no los transportan, los peatones los tratan como un riesgo a su seguridad, o los bancos se muestran renuentes a invertir en sus vecindarios, entre otras formas de discriminación continúa. Parte de esta discriminación es irracional, motivada por un prejuicio o una generalización errónea. Pero parte es un comportamiento racional desde el punto de vista del discriminador, y al mismo tiempo dañino para los individuos negros que no se conforman al patrón de comportamiento de sus compañeros. Indiscutiblemente, estos incidentes provocan dolor, e invitan una legítima simpatía y preocupación pública. Pero no explican por qué los logros de los negros, como un grupo, son menores que los de otros grupos al ser admitidos a universidades selectas, sacar altas calificaciones en exámenes, acceder a trabajos y profesiones bien remunerados, y mantener comunidades productivas y cohesivas.

El racismo no puede explicar la mayoría de las dificultades contemporáneas que afrontan los afroamericanos, aún si algunas de éstas tienen sus raíces históricas en la opresión. Estados Unidos hoy no es el mismo lugar que fue hace una generación. Los afro-americanos ahora viven en un país en donde un hombre negro, Colin Powell, a quien tres décadas atrás no se le hubiera podido servir un hamburgués en muchos restaurantes del Sur, se convirtió en el jefe de todas las fuerzas armadas (Joint Chiefs of Staff); donde un afro-americano, Douglas Wilder, fue electo gobernador de Virginia,

en el corazón de la Confederación; donde un ex-adepto del sur segregado, el Senador Strom Thurmond, apoyó la nominación de Clarence Thomas, un hombre negro casado con una mujer blanca, para la Corte Suprema; y donde un juzgado interracial condenó a Byron DeLa Beckwith por haber matado al activista de los derechos civiles, Medgar Evers, una generación después de que dos jurados enteramente blancos lo habían exonerado de culpa.

Aún si el racismo desapareciera de la noche a la mañana, los problemas más serios que enfrentan los afroamericanos persistirían. No dejarían de existir las madres solteras, ni la dependencia de la clase baja negra del servicio de bienestar social. La droga crack y el SIDA continuarían destruyendo a las comunidades negras. La tasa de criminalidad negra, que tiene un impacto desproporcionado sobre las comunidades afroamericanas, todavía sería un lastre terrible. De hecho, las drogas y el crimen negro-contra-negro matan a más negros al año que todos los linchamientos en la historia de Estados Unidos. El racismo no es el problema más serio que enfrentan los afroamericanos hoy día. Su principal reto es una crisis del proceso civilizador que afecta a todas las clases, pero principalmente a la clase baja. A todo nivel socioeconómico, los negros no son competitivos con relación a medidas de éxito que son esenciales para la sociedad industrial moderna. Muchos afroamericanos de clase media admiten que sus relaciones sociales son distorsionadas porque los consume la pasión de la rabia negra. Y nada fortalece más el racismo en este país que el comportamiento de la subclase afroamericana, que flagrantemente escandaliza y viola los códigos básicos de la responsabilidad, decencia y civismo. En cuanto a muchos negros, como E. Franklin Frazier escribió una vez, «el trabajo civilizador aún no ha terminado».

El racismo se inició en el Occidente como una explicación biológica para la gran brecha que separaba el desarrollo de las civilizaciones negra y blanca. Hoy el racismo cobra fuerza y es viable por el resurgimiento de esa brecha dentro de los Estados Unidos. Para muchos blancos, la irresponsable y criminal clase baja negra representa una reencarnación del barbarismo, en medio de la civilización occidental. Si esto es cierto, la mejor forma de erradicar las creencias respecto a la inferioridad de la raza negra es removiendo su base empírica. Como argumentan los académicos afroamericanos Jeff Howard y Ray Hammond, si los negros, como un grupo, pueden demostrar que son capaces de conducirse competitivamente en las escuelas y en la fuerza laboral, y que ejercitan tanto los derechos como las responsabilidades de la ciudadanía americana, entonces el racismo carecerá de su fundamento en la experiencia. Si los negros pueden cerrar la brecha del proceso civilizador, el problema de raza en este país probablemente sería insignificante.

Pero si los parámetros son enteramente relativos, y restringidos a cada cultura, ¿sobre qué base podrán aquellos negros que son productivos y respetuosos de la ley establecer normas para quienes no lo son? Al no querer aceptar la superioridad de una cultura sobre otra borrando las distinciones entre barbarismo y civilización el relativismo cultural cruelmente inhibe a la nación de identificar y trabajar para mejorar las patologías que están destruyendo las oportunidades de vida de millones de afroamericanos. Así, llegamos a una singular ironía: el relativismo cultural, una vez el instrumento de la emancipación de los negros, ahora se ha convertido en un obstáculo

para la confrontación de los problemas reales, inevitables. Uno podría decir que, en el presente, la barrera ideológica más formidable que enfrentan los negros no es el racismo, sino el antirracismo.

Repensando el relativismo

En el siglo veinte, el liberalismo estadounidense abrazó el relativismo porque ofrecía una base para afirmar y trabajar en pro de asegurar la igualdad racial. Indiscutiblemente, la proclamación relativista de la igualdad de todas las culturas proporcionó una justificación poderosa al liberalismo estadounidense para rechazar la clásica noción racista de la superioridad de la civilización blanca. Pero, como suele suceder, la solución a un problema viejo se convierte en la fuente de nuevos problemas. El relativismo ahora ha encarcelado a los liberales estadounidenses en una jaula de hierro que les impide reconocer la patología negra, les hace imposible apoyar políticas que resalten cualquier norma de responsabilidad, y les incentiva a culpar al racismo o a su legado institucional de todo problema que enfrentan los negros. Esto explica la interminable retórica liberal estadounidense, la misteriosa desaparición de trabajos «significativos», el prospecto de un «resurgimiento» del «odio», el peligro de «imponer nuestra moralidad personal», la necesidad de evitar «palabras clave», y sobre cómo todos debemos «entender la rabia». Al negar que los negros pueden fracasar por sí mismos, el relativismo cultural les niega la posibilidad de alcanzar el éxito. Buscando ocultar el fracaso negro, el relativismo suprime la autonomía cultural, rechazando el otorgar a los negros control sobre su destino.

Según los fundadores del liberalismo clásico, como Locke, esta es una filosofía que busca establecer reglas claras para que personas con distintos intereses tengan la libertad de perseguir sus metas dentro de un marco estatal neutral. En una sociedad moderna liberal, las elecciones democráticas, los mercados libres y las libertades civiles son instrumentos que buscan maximizar la libertad personal sin dictar los resultados. El liberalismo no le dice por quién votar, qué comprar o cómo ejercitar su libertad religiosa o de expresión. Los procedimientos liberales como el sistema de jurado y la presunción de inocencia tienen la intención de asegurar derechos básicos. Sin embargo, para obligar un resultado de igualdad racial sustantiva, los liberales estadounidenses han subvertido estos mismos principios. La forma más fácil de asegurar que más negros ingresen en universidades selectivas u obtengan trabajos bien pagados es bajando las bases de admisión y contratación. Al comprometerse fanáticamente con la ideología relativista de igualdad de grupos, el liberalismo estadounidense se está destruyendo a sí mismo inexorablemente.

Más no bastaría con que los liberales estadounidenses rechazaran el relativismo y regresaran a una filosofía de derechos individuales. Cuando los fundadores de Estados Unidos articularon su visión de derechos, tomaron por sentado un tejido moral que hoy se ha deteriorado significativamente. La sociedad estadounidense en general, y la cultura negra en particular, no puede ser reconstruida sobre la base liberal de derechos sin también recobrar un lenguaje y una ética, más antigua, de responsabilidad.

En la tradición aristotélica, la línea entre civilización y barbarismo no es racial; corre

dentro de cada ser humano. El barbarismo representa el estado natural y sin tutela. La civilización no es innata, sino adquirida por medio de la dedicación y el esfuerzo, buscando domar nuestros impulsos salvajes a través de variados compromisos más altos, así como formar una mente que discrimina y cultivar el gusto. En palabras modernas, los griegos reconocieron la multiplicidad de razas, pero afirmaron la civilización como una posibilidad humana universal.

La premisa moderna es que la antítesis del relativista es un absolutista. Los griegos encontraron una forma de escapar esta falsa dicotomía. Aristóteles no era ni un relativista ni un absolutista. En la visión de Aristóteles, el absolutismo va en contra de la naturaleza porque es un esfuerzo para establecer un gobierno tiránico sobre ella, para rehacer a los seres humanos. El absolutismo comparte con el relativismo la falsa creencia en la completa plasticidad de la naturaleza humana. Aristóteles sostuvo que la naturaleza humana impone límites a la libertad: no puede ser conquistada por lo menos no sin la destrucción de la humanidad. Cualesquiera que sean los logros de la tecnología, es poco probable que eliminen el engreimiento o la envidia. El progreso material no implica el progreso moral. Los límites que los antiguos concibieron en la naturaleza humana son consistentes con los hallazgos de la biología moderna.

Aristóteles estaba convencido que los seres humanos tenemos una naturaleza compartida que no es meramente física sino también moral. Para Aristóteles, el hombre es «la bestia con los cachetes rojos», capaz de colocarse a sí mismo bajo juicio ético y por lo tanto capaz de sentir vergüenza. Mientras la naturaleza del hombre está fija, las acciones correctas no son simples reglas generales, sino determinadas en el contexto de situaciones concretas. Las virtudes clásicas de prudencia y moderación ayudan a guiar un camino intermedio entre los excesos gemelos del relativismo y el absolutismo.

La sociedad moderna liberal se fundó como una resistencia a esta visión clásica, como una alternativa preferible a la misma. A diferencia de los griegos, hablamos el idioma de los derechos y no los deberes. El principio estadounidense del gobierno limitado está basado en gran parte sobre esta concepción moderna. Enfatiza la libertad, más que la virtud, como el bien político más alto. El logro más grande de la democracia liberal es reconocer que la civilización y la virtud no pueden ser forzadas; la sabiduría debe ser vindicada por consentimiento. La debilidad más grande de este sistema es su tendencia a reducir la virtud al consentimiento, o a negar su existencia. Así, Platón comprendió, la democracia liberal es peculiarmente vulnerable al relativismo.

El propósito de esta discusión es sugerir un nuevo sustento filosófico para la política gubernamental. En términos prácticos, los estadounidenses deberían trabajar por un sistema de leyes que reconozcan los derechos naturales y que expandan la oportunidad, pero que a cambio esperen un comportamiento responsable y productivo de parte de sus ciudadanos. En privado, las personas deben tener la libertad máxima para perseguir sus visiones de felicidad en competencia, pero en la esfera pública, las personas deben someterse a un alto parámetro de civismo democrático. Si todas las personas y grupos son igualmente capaces de ejercer estos derechos, también deben ser igualmente responsables respecto a cómo los ejercen. El civismo democrático significa que las personas se gobiernan a sí mismas en los dos sentidos de la palabra:

se anticipa tanto que ejerzan la responsabilidad del autogobierno colectivo, como que regulen sus impulsos agresivos y viciosos para que no violen los derechos de otros.

Debemos generar una espiral ascendente en la cual las estructuras sociales y los hábitos culturales trabajen juntos para generar una mayor productividad y responsabilidad social. Esta debe ser la medida de cada política gubernamental: el grado al cual expande las oportunidades al tiempo que fomenta un comportamiento responsable y productivo entre los ciudadanos.

Repensando el racismo

Así que, ¿qué es el racismo? El racismo es lo que siempre ha sido: una opinión que reconoce las diferencias entre civilizaciones reales y las atribuye a la biología. Y es que las diferencias intrínsecas son irrelevantes cuando se trata de la habilidad de los ciudadanos de ejercitar sus derechos y responsabilidades. Los liberales estadounidenses pueden explicar las diferencias en desempeño académico y económico entre grupos señalando las diferencias culturales, y reconociendo que algunas culturas son funcionalmente superiores a otras. La falacia racista, como asegura Anthony Appiah, es el acto de «hacer biológico lo que es cultura».

El punto crucial es qué debemos hacer respecto a la discriminación. Lo que necesitamos es una estrategia de largo plazo que obligue al gobierno a mantenerse firmemente neutral respecto a la raza, al tiempo que permite a los actores privados a discriminar libremente, si así lo desean. En la práctica, esto significa comprometerse plenamente con la ceguera frente al color en la promoción y contratación gubernamental, en la justicia criminal, y en las votaciones distritales. Sin embargo, los individuos y las compañías tendrían derecho de discriminar en transacciones privadas tales como el alquiler de un apartamento o la contratación para un empleo. ¿Estoy haciendo un llamado para revocar la Ley de Derechos Civiles (Civil Rights Law) de 1964? En realidad, sí. La ley debe cambiarse para que las provisiones en contra de la discriminación se apliquen exclusivamente al gobierno.

La justificación para separar al estado del tema racial, por así decirlo, no es que la raza no es un factor; más bien es que, en lo que concierne al gobierno, la raza no es un valor. La separación se basa en el reconocimiento del daño que han provocado las clasificaciones raciales impuestas por el gobierno. La mejor protección ciudadana, consecuentemente, descansa en no confiar al gobierno el poder que ellos mismos no están seguros de saber usar sabiamente.

Este modelo resulta extremadamente útil, también, para pensar sobre cómo la nación puede encarar el reto del multiculturalismo. Los promotores del multiculturalismo afirman que los estadounidenses tienen en común su diversidad cultural, y que debemos aprender a celebrarla. Pero eso es como decir que no nos une nada. Los análisis muestran que los inmigrantes a Estados Unidos provenientes de distintas culturas cambian de la primera a la segunda generación, asimilando la cultura norteamericana, y que tienen un efecto económico neto moderadamente beneficioso. Así que parece que no existe casi ninguna similitud entre sus circunstancias y las de

las minorías indígenas, y la ideología del multiculturalismo puede ahora ser vista como una desviación arcoíris de los problemas que enfrenta un sólo grupo: el afroamericano.

El fin del racismo

Una vez hemos puesto a un lado los remedios falsos sustentados por el relativismo, es posible dirigirnos directamente al problema real de Estados Unidos, el cual es en parte un problema racial y en parte un problema negro. La solución al problema racial es una política gubernamental que es estrictamente indiferente a la raza. El problema negro se puede resolver sólo por medio de un programa de reconstrucción cultural en el cual la sociedad juega un rol de apoyo pero que es principalmente ejecutado por los mismos afroamericanos. Ambos proyectos deben ser implantados simultáneamente; ninguno funciona solo. Si la sociedad es neutra a la raza, pero los negros siguen siendo poco competitivos, entonces la igualdad de derechos individuales conducirán a desigualdades dramáticas en los resultados de los grupos, la vergüenza liberal revivirá y regresaremos al camino de las preferencias raciales. Por el otro lado, si los negros van a reformar su comunidad, tienen el derecho de esperar que serán iguales ante la ley. Pese a que Estados Unidos tiene un gran trecho que recorrer, muchos errores se han cometido, y los antagonismos actuales son virulentos, hay señales alentadoras de que la nación puede caminar hacia una sociedad en la cual la raza pierde importancia, un destino que podríamos tildar como «el fin del racismo».

Los afroamericanos deberían sentirse genuinamente orgullosos de sus logros morales colectivos en la historia de este país. Los negros como un grupo han hecho una vital contribución a la expansión de la franquicia de la libertad y la oportunidad en Estados Unidos. Por medio de su lucha de casi dos siglos, los negros han ayudado a hacer una realidad legal de los principios que fundaron la nación, no sólo para ellos sino para otros grupos. Si los negros alcanzan logran su renacimiento cultural, enseñarán a otros norteamericanos una valiosa lección en restauración del proceso civilizador. Lo que es más, serán los mismos negros quienes finalmente desacrediten el racismo, resolviendo el dilema estadounidense y convirtiéndose en los más nobles y verdaderos ejemplos de la civilización occidental.

[1] Los estadounidenses usan el término liberal para designar a las personas que simpatizan con el socialismo y/o la fuerte intervención estatal en la economía, al tiempo que favorecen la libertad social. En Hispanoamérica liberal significa lo contrario.